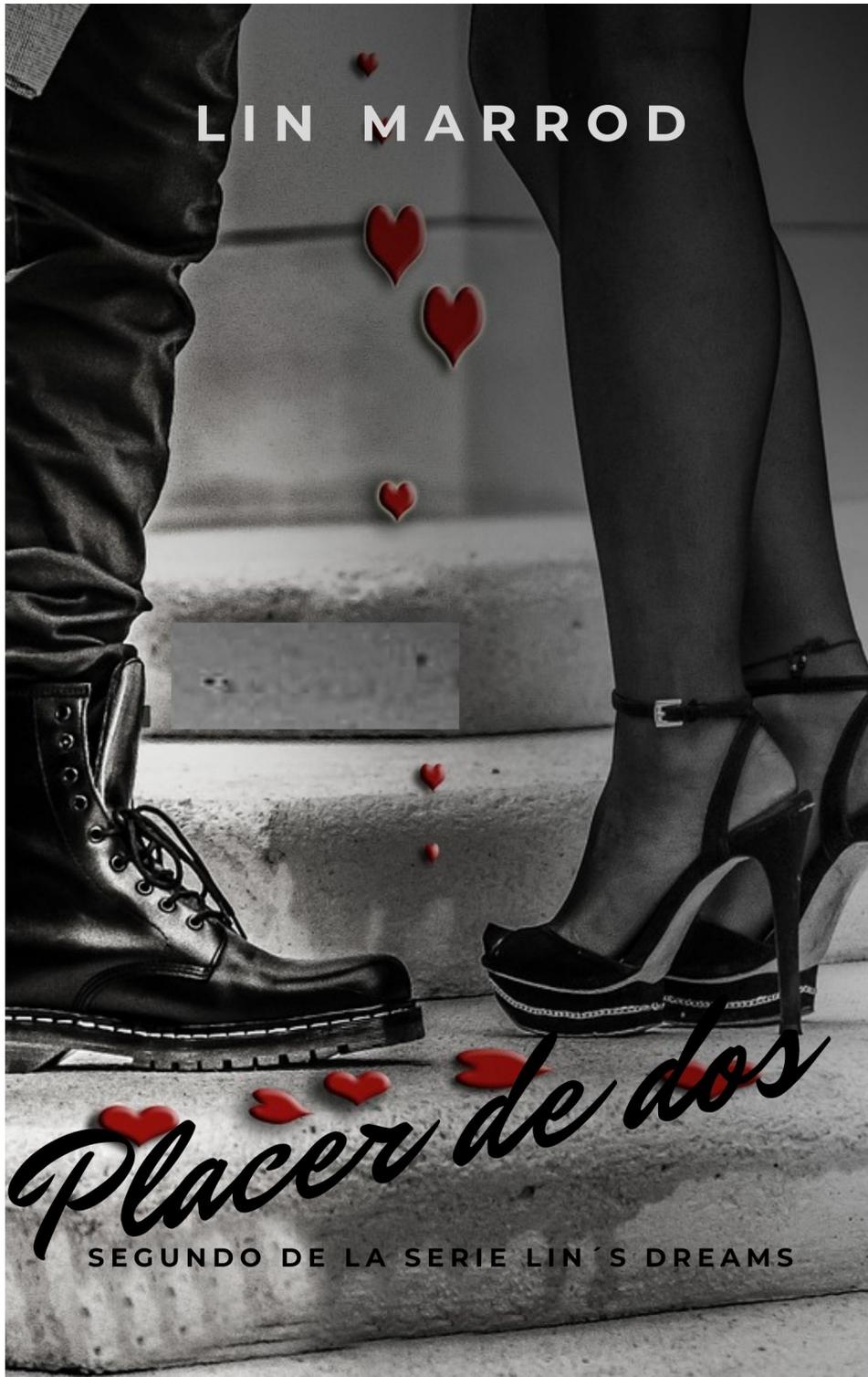


Placer de dos

Lin Marrod



Capítulo 1

El afrodisiaco más potente no son los mariscos, ni el amor, discrepo de Arjona. Nada enciende más la pasión que el deseo que se acumula gota a gota. Mézclalo con lo prohibido y ni la erupción del Vesubio será capaz de superar lo que pueden sentir dos almas. El tiempo, el lugar, la vergüenza, dejan de existir; solo importa sentir la piel tantas veces soñada. El mundo se detiene en el lugar menos oportuno, pero que te importa si cuando la tocas la yema de tus dedos comienza a vibrar y sabes que ni el fin de los tiempos te detendría.

Ella es la más atrevida, siempre es así. Muéstrale a una mujer cuanto la deseas. Déjale ver esa chispa que iluminó tus ojos cada vez que la imaginaste en tus brazos y será la primera en arrodillarse. Es entonces cuando todo a tu alrededor deja de existir y tú descubres que la realidad de la situación supera a tus más locos sueños. Luchas con ella, necesitas darle el placer que estás recibiendo, porque crees que una primera cita requiere una performance perfecta y porque no puedes evitar ser lo que eres: el alfa, el amo y ella, tiene que saberlo.

Lamento informarte que ella ya lo sabe y se muere por verte en acción. Todo lo que hizo hasta este minuto fue para invocar al hombre que vino buscando esta noche y como van las cosas, no se ve para nada decepcionada. Es tu turno y apenas puedes contener sus gritos que atraen a los pocos humanos que se mueven en las cercanías. Tu macho interior está a punto de explotar de orgullo, pero el hombre que eres, saca su instinto protector y con la última gota de cordura abandona el balcón junto a las escaleras. Con ella en brazos, reacios a renunciar al tacto caliente de la piel que responde al menor roce, la ocultas en la intimidad de tu habitación.

Ahora está en tus dominios. La dejas sobre la cama y tus besos la hacen gemir. Puede probarse en tu boca y nunca fue tan consciente de este detalle. Como no serlo si su sexo palpita de solo recordar tu lengua atormentándola, tus dedos clavados en sus caderas y la cara asombrada de la pareja que escuchó sus gritos, dos balcones más abajo. Esa mujer es tuya, aunque aún no lo sepas. Olvida la actuación que tenías planeada. Mírala con el corazón, escúchala con tu alma, siéntela con tu cuerpo y tendrás la noche perfecta.

Te levantas. No hay apuro. Tu dedo índice dibuja una línea tenue y sinuosa desde su labio inferior hasta su ombligo, donde tu mano se extiende sobre el bajo vientre y su calor traspasa el tejido de su minúsculo vestido. Te alejas, necesitas un trago y ella también. Contienes una sonrisa cuando su gemido de frustración se escucha atenuado por los primeros acordes de "Lips on you". Te giras con los vasos en la mano y la descubres apoyada en el cristal de la ventana. Tu mirada la recorre y

piensas que, si apoyó su frente en el frío cristal para calmar sus ganas, pierde miserablemente su tiempo porque lo que tienes pensado para ese cuerpo va a encender una hoguera que, ni la Firehouse 51 podrá apagar.

Ella tiembla al sentir tus manos subiendo por sus muslos, levantando el vestido a su paso. No hay bragas que quitar, esas descansan en tu bolsillo desde que la apoyaste al borde del balcón y arrodillado a su espalda las deslizaste por sus muslos, aguantando las ganas de hacerlas pedazos. Tus dedos buscan su calor y descubres la humedad que esparces por su sexo mientras muerdes su nuca, su cuello. Tu erección presiona sus nalgas y gruñes al sentir su espalda arquearse y su trasero empujando. Sus manos luchan con tu cinturón. Es muy difícil para ella desde esa posición de espaldas, pero lo logra y de allí a abrir la cremallera... pan comido.

Tu mano libre contuvo su grito ante la brutal embestida que la aplasta contra el cristal. Tendrá que perdonarte y tú compensarle tamaña rudeza, pero la agónica necesidad de hundirte en su cuerpo se impuso. Olvidarlo es cuestión de segundos. El dolor se pierde bajo el nudo de sensaciones que esa mano provoca en su sexo y el miembro que la llena. Puede sentirlo, caliente, palpitante, entrando y saliendo de su cuerpo a un ritmo que le corta la respiración. Los susurros en su oído le erizan la piel. Esa voz ronca, tal como la recuerda en sus sueños, le promete la gloria con cada embestida. La habitación se llena de gemidos entrecortados que dan paso a las súplicas para, finalmente, escuchar los gritos liberadores que, esta vez, él no contuvo. La deja gritar, necesita oírla, tener la total certeza del intenso orgasmo que hace contraerse todo su cuerpo.

La gira hacia él y le quita el vestido. El rostro de la mujer es un premio mayúsculo. Los ojos brillan como ascuas y las pupilas no pueden estar más dilatadas, su boca húmeda, entreabierta. Las mejillas sonrosadas. Huele a sexo por cada poro y su expresión levantaría a un muerto de su tumba. La levanta en brazos y se deja caer con ella en la cama. La quiere de frente. Necesita ver sus ojos cuando se rinda por tercera vez. No lo planeó así, pero ella es toda sensibilidad y él se está volviendo adicto a la manera increíble en que se libera.

“Lips on you” se escuchaba por cuarta vez cuando se perdió en su cuerpo, besando su boca. Se tragó su gemido y aguantó las uñas que se clavaron en su espalda. Sabe que tiene que controlarse. Su tamaño, en esta posición, con las piernas de ella alrededor de su cintura, la lastimaría. Dejó que ella marcara los límites y acarició las curvas bajo su mano. Se entregó a la carne caliente y húmeda que aprisiona su miembro, a los sonidos del placer que escapan de su boca. Su control se hizo añicos cuando mordió los contraídos pezones. Ella olvidó sus límites y él, seguro de que no podría contenerse mucho más, la llevó al punto donde su cuerpo se arqueó entre sus brazos y la sinfonía de sollozos y gruñidos

marcó el final.

Llenó su rostro de besos, su cuello, su boca, sintiendo su respiración agitada volver de a poco a la normalidad. Se quedó en ella, había algo mágico en ese momento y quiso aprovecharlo hasta el último segundo. Borró con sus labios la humedad que mojó sus pestañas. Estaba seguro de que sería así con la mujer que tanto había imaginado. Ni siquiera preguntó. Esas lágrimas no tienen que ver con dolor, vergüenza, ni arrepentimiento. Son el río que se desborda para limpiar un alma demasiado tiempo reprimida. Son el reflejo de un deseo contenido que, magistralmente, él ha liberado.

Solo necesitaba un detalle para convertir lo grandioso en perfección absoluta. Esperó y con un suspiro de alivio acarició su rostro al ver su sonrisa. Se retiró de ella y de costado, buscó su cuerpo. Acariciando sus rostros, se miraron hasta quedarse dormidos. El alba se filtró por la cortina que, ahogada por la pasión, ella corrió de su lugar la noche anterior. Su luz cubrió los cuerpos enroscados, en una maraña de piernas y brazos, sobre la cama.